Enrique Monroy
Debemos llegar a casa

Colección En voz alta

I

Adrián salió abatido de casa. Con el alma hecha trizas. Aún podía escuchar las palabras ofensivas de su padre resonar en sus oídos. Detestó a su madre por quedarse mirando la escena. Los condenó. Les deseó la muerte mientras sus lágrimas se confundían con la lluvia. Caminó un largo tramo hasta que llegó a un campo amplio, en donde el fango y la niebla atemorizan. Observó las vías del tren y de inmediato recordó una historia de muerte que le hizo regresar en sentido contrario. Tomó su mochila con aprehensión y apresuró el paso. En ella iban dos manzanas, jugo de guayaba, un par de sándwiches de jamón de pavo y dulces. Sabía que el chocolate era una fuente buena de calorías, lo aprendió en un documental acerca de Vietnam. Pensó en llevar café, pero nunca le agradó el sabor, su madre lo hacía insípido y nunca le encontró gusto. En otro apartado, llevaba dos libros que había logrado rescatar de la biblioteca de su padre. No era una gran biblioteca, en realidad era pobre, pero había algunos títulos interesantes. Solo cupieron dos en el morral verde olivo: *El gran Gatsby*, y el tomo de la *Gran Colección de la Literatura Universal, Norteamericana II*. Era por eso que llevaba un gran peso.

A lo lejos divisó un camión y corrió hasta él. Casi tropieza, pero guardó el equilibrio y pudo llegar a la puerta del colectivo, en donde un hombre joven, moreno y con una caballera bicolor lo recibió con una risa burlona. No le dio importancia y preguntó cuanto cobraban por llevarle a San Juan. Quince pesos, le dijeron. Después de pagar, caminó por el pasillo cuyas luces tenues apenas iluminaban su paso. Observó rostros como de gente muerta, desesperanzada, somnolienta. Escogió un lugar y se sentó, acomodó su mochila entre su regazo y la abrazó fuerte, como cuando se ama a una mujer. Observó a través de la ventanilla y la bruma no dejaba ver más allá de veinte metros. Recargó su cabeza en el respaldo del asiento y se soltó a llorar apretando los labios, colocándose la mano en la boca. Nadie le escuchó.

Después de casi una hora lo despertaron. Preguntó en donde estaba y le respondieron “en San Juan”. Cuando bajó del colectivo, el frió de inmediato le hizo cruzar los brazos. Sacó de uno de los bolsillos de la petaca, un papel con el número de su amigo Rogelio Jiménez y le marcó. Después de quince minutos una camioneta Ford blanca se estacionó frente a él y lo llevó a su

destino. Adrián observó el camino y suspiró con sentimiento al tiempo que sus ojos se cerraban por el cansancio. Sacó de la mochila *El gran Gatsby*, y entre sueños alcanzó a leer las primeras líneas. "Cada vez que te sientas inclinado a criticar a alguien (...) ten presente que no todo el mundo ha tenido tus ventajas". Entonces dejó de odiar a sus padres.

II

La familia Jiménez pertenecía a una sociedad campesina, desaparecida hace tiempo. Ellos vieron como San Juan fue creciendo en población. Muchos eran los que migraban. Familias enteras. Observaron como los fraccionamientos crecían y los asentamientos que antes habían sido verdes y vastos, ahora estaban llenos de concreto y metal. El padre de Rogelio, Don Agustín, todos los viernes, al cobijo de la luz de la luna y el cantar de los grillos, recordaba los tiempos buenos, los viejos, acompañado de mezcal y la música de Jaramillo. Se lamentaba de la modernidad, y decía, con voz como de profeta, que "todo el mundo terminaría mal". Su hijo Rogelio no le prestaba atención, su preocupación en esos días eran las mujeres, los amigos y el alcohol, y pensaba que su padre se encontraba delirando por la muerte de su madre años atrás; pero aún con todos los inconvenientes, las mañanas seguían amaneciendo frescas y el viento tan puro. Todavía podían percibirse colores violetas, naranjas y amarillos en el firmamento, y las flores abrir sus hojas en los días de abril. Era por eso que Rogelio se quedaba callado y le daba palmadas en la espalda a su padre, tratando de comprender su dolor.

III

Cuando Adrián conoció a Lorena, vio en sus ojos serenidad y de sus labios salir *adagios* mientras una sonrisa tierna acompañaba un gesto ligero de felicidad. Le encantó su cabello casi negro, *a media cola*, y su piel lozana, tostada, le provoco añorarla de inmediato. Cuando Lorena le decía que ya estaba el desayuno, él parecía quedar en pausa, porque solo la veía mover sus labios en cámara lenta. En todo el tiempo que había estado en casa de los Jiménez, nunca la había visto, y se preguntó de inmediato quién era. Poco después se enteró que era la hermana menor de Rogelio y que había regresado de vacaciones de casa de su tía Laura, en Chiapas. Faltaba una semana para

acudir a la universidad y el invierno parecía encrudecer.

La mayoría de los días Lorena llevaba puesto vestido largo, casi a los tobillos, pero con suficiente vuelo para mostrar un poco sus piernas delgadas. Su cuello era altivo, muy elegante y tenía en su rostro un color rosado apenas visible, como si estuviera encendido. Cierto día, Adrián levantó la mirada al cielo y observó una mezcla de nubes negras alrededor de la hacienda. Miró a Lorena con júbilo y le dijo en voz baja:

-Parece que estará así toda la semana, ¿por qué llevas vestido?, ¿no tienes frío?

-Porque mi padre me prohíbe usar jeans – dijo Lorena sirviendo agua de jamaica en los vasos.

Después de comer y hacer sobremesa, Don Agustín se quedó mirando hacia el edén. Le dijo a Adrián que si podía quedarse a beber con él. Adrián aceptó con gusto. Rogelio, por su parte, lo miró decepcionado, y le dijo a su padre que él no podía quedarse, que debía encontrase con sus amigos más tarde. Don Agustín le dejó ir.

-¿Por qué te haz ido de tu casa hijo? – dijo Don Agustín tomando un trago de mezcal.

-Mi padre quería que siguiera en el negocio de los tornos, pero yo no. Cuando supo que me aceptaron en la universidad, pegó de gritos ordenándome que no asistiera. Yo ya había quedado con Rogelio para quedarme con ustedes, no tenía otra opción, no tengo otra opción, estudiar es lo único que me queda. Y es que la verdad, los tornos me dan flojera. Eso de estar entre máquinas como que no es lo mío – dijo Adrián con timidez.

-Apenas es febrero y ya llueve como en septiembre. Las cosas están de la chingada –dijo Don Agustín. Después de hacer una pausa y encender un puro, continuó–. Y tú vienes a estudiar y al final qué. De qué sirve todo eso si nadie le da solución a nada. Los arquitectos solo sirven para hacer mas pinches casas de interés social, los abogados solamente para robar, los contadores para dejarte en la miseria, y así puedo continuar.

-¡Yo seré escritor! – dijo Adrián orgulloso.

-Con tu perdón hijo, pero esos gueyes nada más sirven para hacer sus circulitos mamones y salir en programas de televisión exclusivos que nadie ve...

Adrián agachó la cabeza y comprendió el sentir de Don Agustín.

-Yo creo señor que nada está perdido –dijo Adrián caminando hacia

Don Agustín–. No puede estar del todo perdido. Ya verá que de mi parte haré todo para cambiar algo, lo que sea…

Don Agustín lo miró por un momento y soltó una carcajada.

-¡No mames hijo, pareces político! –dijo Don Agustín riendo–… pero pareces buena gente. Ven mijo, ¡anda!, sírvete otra que pa' luego es tarde.

IV

El terreno estaba turbio, y el rostro de Lorena se encontraba mojado. Habían cruzado un campo largo lleno de barro y habían logrado llegar a la base de un árbol, en donde se encontraba una tabla sobre dos pares de rocas que fungían como asiento. Se detuvieron a recuperar el aliento.

-¿Sabías que tu nombre es una región en Francia? – dijo Adrián.

-¿Ah si?, no, no lo sabía –dijo Lorena conteniendo el aire–. ¿Qué ha sido de ella?

-Es una ciudad muy hermosa, campirana, como aquí en San Juan.

-¿Sus casas son como éstas?, ¿hay haciendas así de grandes?

-Más hermosas.

-¡Oh!, debemos ir un día.

Adrián calló un momento.

-¿Te ha gustado la escuela?... a mí me ha gustado porque me siento viva, cuando salgo de casa y llegó a la universidad me siento diferente, con esperanza, en donde puedo ser *yo* – dijo Lorena.

Entonces Adrián recordó el motivo verdadero por el cual había dejado todo atrás. Se dio cuenta que Lorena era parte de esa gran respuesta a todo aquello por lo que dudaba. Recordó a los autores que había conocido por medio de sus clases, las sonrisas de los compañeros, las conversaciones fuera de clase con los profesores. Toda aquella cultura que poco a poco le iba formando un criterio más amplio de las cosas. Comenzaba a encontrar respuestas en donde antes creía no las había, y dejó de tener miedo por el pasado, y comenzó a preocuparse por construir un futuro. Sí, Lorena tenía razón. Él también se sentía libre cuando se encontraba en los pasillos de la universidad.

Después de un rato largo al cobijo del árbol, Lorena tomó de la mano a Adrián y le asestó un beso de improviso en la mejilla. Adrián la miró por un momento, desconcertado. Lorena lo levantó y lo miró por un momento antes

de seguir el caminó.

-Anda querido, debemos llegar a casa – dijo Lorena señalando las puertas de la universidad.

México, febrero 18, 2010

Nota: este cuento fue premiado con el 1er. lugar en el certamen de *Cuento*, nivel licenciatura, en la *IV Universiada Científica, Artística y Deportiva Chapingo 2010*, representando a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

EMB
Enrique Monroy Biblioteca

4a digitalización, noviembre 2013.

